

# Apuntes breves de un joven docente universitario. La construcción colectiva de conocimiento en Milcíades Peña y Arturo Jauretche

---

Por Nicolás Dip

*Lo primero que hay que aprender aquí  
es a estar de pie. Es decir en tensión,  
alertas y en actividad, en actitud creadora.  
Si el aprender se limitara simplemente a recibir,  
no daría mucho mejor resultado  
que el escribir en el agua.*

77

Hegel, a sus estudiantes.

I

A simple vista, la invocación a un intelectual marxista antiperonista y a un pensador de la tradición nacional-popular no parece tener mucho sentido. Sin embargo, los esquematismos no ayudan a la generación de interrogantes y necesitan dejarse de lado a la hora de buscar nuevas preguntas sobre la sociedad. Esa oposición irreductible entre teóricos de izquier-

da y pensadores nacionales hace tiempo que forma parte de los trastos viejos de la historia. Nos podemos remontar hasta Manuel Ugarte (1875-1951) o a la vieja disputa de Carlos Mariátegui (1894-1930) y Raúl Haya de la Torre (1895-1979) para encontrar distintos puentes que van del marxismo al nacionalismo y de la cuestión social a la problemática nacional. De todas maneras, y a pesar del camino recorrido, a veces parece que debemos darle la razón a los que clasifican las diferentes vertientes del pensamiento argentino y latinoamericano como si fueran un puñado de mercaderías ubicadas en góndolas que no tienen ningún tipo de conexión entre sí. O a los partidarios de un estructuralismo llano, esos defensores de fórmulas cerradas que reducen el drama de la sociedad a la imagen de un sujeto asfixiado por entidades que no puede controlar. Destino de hipermercado o tragedia irreversible y kafkiana. Para decirlo directamente, sin rodeos y eufemismos, hoy da la sensación de que muchos profesores y estudiantes de ciencias sociales seguimos encerrados en un pacto pedagógico positivista: clases meramente expositivas, clasificaciones teóricas esquemáticas alejadas de la realidad y formas de escritura monográficas que avanzan por una ruta trazada de antemano: *introducción-desarrollo-conclusión*. Hacia el exterior de la universidad muchas veces damos la apariencia de un posicionamiento activo, crítico y flexible, pero si nos miramos un poco más de cerca, esa receta para construir un conocimiento *verdadero* y *objetivo* es más común de lo que parece. Seguimos presos del *paper* y atrapados en la vieja lógica de la *clase magistral*.

Frente a este panorama que no puede terminar de exorcizar el fantasma de Augusto Comte (1798-1857), el antiguo

formalismo de las ciencias sociales que denunciaba Roberto Carri (1940-1977) en las páginas de *Antropología 3er Mundo* y *Envido*, no nos queda otra alternativa que reivindicar el ensayo. No como un estilo de escritura que se diferencia de la prosa académica convencional por un conjunto de esencias definidas de antemano, sino como una actitud frente al mundo. El ensayo es una forma de plasmar ideas por escrito, pero también una manera de enseñar y aprender, de comprender y actuar *en y sobre* la realidad social. Es perspectiva cognitiva y praxis, aunque no cualquiera de ellas. El idioma del ensayo es la apertura y la crítica. Es la proclama de Mariátegui para el socialismo indoamericano: “¡ni calco, ni copia!”. Es creación que aborrece la pasividad y constantemente nos enfrenta a nuestros prejuicios y lugares comunes. Es la actividad que busca una huella diferente y fuera de lugar, en ese sendero normalizado por idas y venidas de los mismos pies. Lee a contrapelo, a contratiempo, y bombardea los automatismos de la percepción de la realidad. Por eso, es el arma que tenemos para generar grietas en las burocracias académicas, políticas, periodísticas y artísticas que podan la invención en pos de la “rutinización” de un tipo de pensamiento y escritura. Sin embargo, no debemos pecar de grandilocuentes, el ensayo no revoluciona el mundo, solo otorga un conjunto de herramientas para intentar pensar-nos a nosotros mismos. Esto no es otra cosa que no aceptar mecánicamente los discursos de las ciencias sociales y tener una actitud de sospecha permanente sobre las estructuras de producción, trasmisión y control del conocimiento donde estamos inmersos.

## II

Milcíades Peña (1933-1965) fue muchas personas a la vez: un platense de clase media, un historiador, un ensayista político, un militante de orientación trotskista y un profuso editor de diarios y revistas. Nunca creyó en el peronismo y siempre lo entendió como una desviación de las potencialidades revolucionarias de la clase obrera. Lo criticó tanto que un día llegó a decir, en su revista *Liberación Nacional y Social* (1960-1961), que el 17 de octubre de 1945 los trabajadores no se habían movilizado como clase, ni habían empleado métodos revolucionarios, ni se habían conducido con una dirección propia, sino que sirvieron “de masa de maniobra disciplinada y obediente a los generales, los burócratas, los políticos burgueses, los curas y los jefes de policía que arreglaban sus cuentas con otros generales y otros políticos” (Tarcus 2007, 502). El antiperonismo que cosechó toda su vida le permitió dictar, en 1958, un curso de formación marxista a los jóvenes del Movimiento de Afirmación Reformista de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. Eran años complejos y llenos de contradicciones. Mientras las mayorías populares estaban proscriptas desde el derrocamiento del segundo gobierno de Juan Perón (1895-1974), las universidades gozaban de cierta autonomía y experimentaban años “modernizadores”. De todas maneras, hoy podemos arriesgarnos y decir que la concepción crítica del materialismo dialéctico enseñada por Peña impulsó a algunos de esos militantes universitarios a un progresivo acercamiento al peronismo o, incluso, a una plena identificación con él en años posteriores. Muchas veces se

habla de los jóvenes de los sesenta como una generación sin maestros. No me parece del todo acertada esa definición. Se trató de una juventud que rompió con sus maestros antiperonistas, pero sin duda aprendió algo de los más audaces. Ese es el caso de Peña: de los referentes antiperonistas, fue uno de los mejores.

El antiguo director de la revista *Fichas de Investigación Económica y Social* (1964-1966) fue uno de los pioneros en la propuesta de convertir al aula en un ensayo. En la clase dictada a los jóvenes reformistas, no presentó al materialismo histórico como un conjunto de principios teóricos definidos de antemano, los cuales debían interiorizarse a través de la lectura de una serie de obras canónicas: Marx, Lenin, Trotsky y su consiguiente genealogía. Todo lo contrario, lo primero que dejó en claro, al iniciar su curso de 1958, fue una actitud frente el mundo y ante la misma experiencia pedagógica. Por esta razón, separaba tajantemente al marxismo de las concepciones tradicionales que entendían la enseñanza como un proceso en que una persona activa enseña y muchas personas pasivas aprenden. Esas perspectivas mecanicistas y deudoras de una izquierda *abstracta* no hacían más que reproducir las viejas escisiones de la teoría y la práctica y separar la labor intelectual del trabajo manual. Frente a estos esquematismos, Peña retomaba al Marx de las *Tesis sobre Feuerbach* (1845). Ese que afirmaba que los educadores también deben ser educados y que la praxis es tanto teoría como práctica. De esta manera, propuso entender la enseñanza y el aprendizaje como una instancia de creación donde profesores y estudiantes trabajan activamente. Todo el grupo necesita enseñar y aprender, con-

frontar sus ideas y experiencias para lograr impartir nuevo conocimiento al que aprende y profundizar los saberes del que enseña. No es cuestión de recibir nociones de marxismo, sino de enfrentarlo y penetrarlo intensamente a través del intelecto y las emociones. Este llamado a romper con la dicotomía entre teoría y práctica, intelecto y emoción, educador y educando, forma parte de una praxis ensayística que Peña nos dejó como legado: *estar de pie, en tensión, alertas y en actitud creadora.*

### III

Una banda de *rock* disuelta hace pocos años le dedicó un tema en su nombre. El problema es que últimamente muchos no se cansan de reducir sus ideas a unas pocas frases políticamente correctas y a un conjunto de imágenes bastante trilladas. Por esta razón, antes de adjudicarle el halo de sacralidad que eligieron *Los Piojos* (1988-2009) para su canción, prefiero presentarlo como un pensador integral. Aunque no está demás decir que detestaba el rótulo de intelectual y le gustaba que lo describieran como un hombre de ideas preocupado por el destino de su país. A lo largo de su vida, Arturo Jauretche (1901-1974) siguió un itinerario complejo que lleva la huella de varios *ismos*: hijo de clase media de la localidad de Lincoln, transitó por un conservadurismo juvenil, la militancia estudiantil en la Reforma Universitaria de 1918, el radicalismo de Yrigoyen, el forjismo y mantuvo relaciones de amor y odio con distintas tendencias del peronismo. Su primer libro, el poema gauchesco *El paso de los*

*libres* (1934), fue prologado por el mismísimo Jorge Luis Borges (1899-1986), con quien tuvo más de un encontronazo en los años posteriores a sus yrigoyenismos tempranos. De joven obtuvo el título de abogado, pero se destacó como ensayista y analista político-social. Publicó varios libros y participó en innumerables revistas y periódicos de distinta envergadura. Popularizó un conjunto de dichos filosos: “animémonos y vayan”, “barajar y dar de nuevo”, “tilingos y guarangos”, “medio pelo” y “señoras gordas”, aunque nunca fue un repetidor de frases hechas. Siempre escribió para polemizar y sus interpretaciones de la realidad intentaron desmenuzar la problemáticas políticas, económicas, sociales y culturales que transitó durante sus más de setenta años de vida. Decía que era un hombre de pleno siglo XX y no estaba equivocado. Las polémicas de Jauretche sintetizan, como pocas, algunas de las controversias más importantes de la historia reciente argentina. Tampoco debemos olvidar que al final de su vida mantuvo un interesante intercambio epistolar con Victoria Ocampo (1890-1979), otra de las principales referentes de la intelectualidad antiperonista de la revista *Sur*.

El autor de *Medio pelo en la sociedad argentina* (1966) reservó sus escritos más filosos a los estudiantes que eran asiduos lectores de Milcíades Peña y de otros referentes de la izquierda argentina. Los trataba de “fubistas” o como los “nenes que se hacen pipí en la cama”. Criticaba fuertemente a los universitarios por haber enfrentado al yrigoyenismo y al peronismo, pero su intención siempre fue sumarlos a lo que consideraba movimientos nacionales con potencialidades transformadoras. No por nada, luego del triunfo de Héctor Cámpora (1909-1980) en las elecciones del 11 de marzo

de 1973, Jauretche recordaba a sus viejos camaradas que la juventud es la verdadera fuerza de los procesos populares. El Conde de Mirabeau (1749-1791) estaba equivocado, la revolución no devora a sus hijos como Saturno, sino a sus padres: las generaciones antiguas conformadas por un mundo de ideas, gustos y hábitos que no marchan en consonancia con las nuevas demandas sociales, políticas y culturales. Es importante tener en cuenta que no solo hacía referencia al peronismo de los setenta y a la clase media ilustrada cuando hablaba del protagonismo político de la juventud. A diferencia de Peña, que visualizaba al 17 de octubre de 1945 como un conjunto de obreros manipulados sin ningún tipo de convicción propia, Jauretche lo concebía como una revolución de jóvenes trabajadores. De esta manera, las movilizaciones obreras o el duelo electoral Perón-Quijano contra Tamborini-Mosca pueden ser pensados como una confrontación entre los dueños de la Argentina y las clases populares desposeídas, y como un enfrentamiento de jóvenes y viudos tristes.

El diagnóstico sobre el peronismo de Jauretche está en las antípodas de la visión de Peña. No es llamativo: sus derroteros de vida siguieron caminos muy diferentes. A primera vista, es difícil escapar a la tentación de establecer una oposición irreductible entre ellos. Sin embargo, en el fondo están unidos por una actitud ensayística de enfrentar la realidad y por una defensa de la creación colectiva de conocimiento. Estos temas los justificaron a su modo y recurriendo a aparatos teóricos dispares, pero esa preocupación era común y los atravesaba. En el caso del autor de *Los profetas del odio y la yapa* (1957), su manera de convertir al aula en un ensayo era conectándola con la realidad en la que estaba inmersa. Por



eso, proponía que, más que sociología a secas, de lo que se trataba era de enseñar, aprender y crear *sociología del estaño*. La expresión formaba parte de un dicho popular que hacía referencia al estaño de los mostradores de las pulperías. Antiguamente se decía que una persona tenía estaño cuando estaba dotada de mucha “calle” o de una gran experiencia de vida. Fiel a su estilo directo y provocador, Jauretche aplicó el término a la sociología para argumentar que una construcción colectiva de conocimiento solo era posible desde la *orilla de la ciencia*. Para él, crear en los extremos o en los arrabales implicaba una ruptura con los ámbitos consagrados del saber; quebrar esa recurrente obligación de apelar a las capillas de la riqueza y el prestigio para legitimar los relatos sociales. Por eso, creía profundamente que el empaque científico o erudito de los razonamientos, las citas, los cuadros y los datos estadísticos de intelectuales, universidades y medios de comunicación consagrados no garantizaban un conocimiento profundo, y muchas veces funcionaban como máquinas de etiquetamiento que establecían jerarquías y relaciones de poder entre distintos actores y perspectivas cognitivas de la sociedad. No hace falta aclararlo mucho, Jauretche criticaba fuertemente a las ideologías que justificaban las desigualdades sociales y la dependencia de los países de la periferia. Por esta razón, hablaba de *intelligentzia*, *aparatos de colonización pedagógica*, *profetas del odio* y *monopolios periodísticos*.

El creador del *Manual de zonceras argentinas* (1968) también señalaba que ese posicionamiento de ruptura tenía que nutrirse de un verdadero compromiso con la vida. Eso significaba que quien hacía *sociología del estaño* no podía

perder de vista los elementos de información y análisis que los grupos sociales recogían en sus experiencias cotidianas. De esta manera, sociólogos y no sociólogos, profesores y estudiantes, universitarios y no universitarios debían intervenir y formar parte de la creación de conocimiento, con la finalidad de explicar o solucionar las problemáticas de su propia sociedad. Desde esta perspectiva, podemos pensar que un espacio pedagógico no se puede dedicar simplemente a impartir un conjunto de saberes abstractos y que un aula tiene que ser mucho más que un salón de una universidad. Si una casa de estudio quiere comprometerse verdaderamente con la invención colectiva de saberes, no tiene más remedio que construir y recrear una conexión constante y fluida con las problemáticas de la realidad en que está inmersa. Este anhelo democratizador de la sociología y la pedagogía es una de las principales herencias de Jauretche, una actitud ensayística para reflexionar e intervenir *en y sobre* la sociedad.

## IV

Los profesores y los alumnos de ciencias sociales tenemos un desafío por delante: convertir al aula en un ensayo. Para esto no necesitamos manuales pedagógicos que digan, a modo de receta de cocina o guía turística, los pasos necesarios a seguir en la construcción de conocimiento. Tampoco esquematismos dogmáticos que reduzcan las tradiciones del pensamiento argentino y latinoamericano a unos cuantos autores de culto y a un repertorio de frases políticamente correctas. No queremos nada de eso. Y si alguna vez nos lo

presentaron como el primer paso de la educación en ciencias sociales lo mejor es *desaprenderlo*. La reflexión sobre la cultura, la política y la sociedad no avanza escalonadamente. Menos a través de una educación positivista que exige ir de lo más simple a lo más complejo desde una supuesta *objetividad y neutralidad valorativa*. Ese tipo de discursos y propuestas no son más que cáscaras vacías.

El problema es por dónde (re)comenzamos a pensar críticamente la sociedad. No tenemos una certeza y seguramente muchos caminos son posibles. Quizás el punto de partida de una reflexión social que valga la pena consiste en una verdadera voluntad de enseñanza y aprendizaje. Esto no es otra cosa que comprometernos en un espacio de intercambio que, entre la dialéctica de la propuesta docente y la participación de los estudiantes, dinamice una serie de actividades que incentiven una lectura crítica de la realidad. Una apertura que sea capaz de poner en tela de juicio nuestros lugares comunes y exponer los propios razonamientos sin temor a ser juzgados. Si entendemos al ensayo como una praxis y una perspectiva cognitiva liberada de todo esquematismo, prejuicio y pauta definida *a priori*, urgentemente tenemos que convertir al aula en un ensayo. Transformarla en un espacio pedagógico que acabe de una vez por todas con las clases meramente expositivas, que reproducen la idea de un profesor activo y un alumnado pasivo que solo recibe conocimiento. A partir de ese preciso momento, la clase va a estar preparada para convertirse en un disparador de escritos ensayísticos. Quién puede negar que el intercambio, la lectura, el debate, la reflexión, la argumentación y la toma de posición son habilidades necesarias en todo ensayo.

## Bibliografía

- DE ÍPOLA, Emilio (2003) "Introducción", en DURKHEIM, Émile, *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Gorla.
- GALASSO, Norberto (2000) *Dos Argentinas. Arturo Jauretche y Victoria Ocampo. Correspondencia inédita*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- GRÜNER, Eduardo (2013) *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Buenos Aires, Ediciones Godot.
- JAURETCHE, Arturo (1957) *Los profetas del odio y la yapa*. Buenos Aires, Corregidor, 2010.
- JAURETCHE, Arturo (1966) *El medio pelo en la sociedad argentina. Apuntes para una sociología nacional*. Buenos Aires, Corregidor, 2012.
- JAURETCHE, Arturo (1968) *Manual de zonceras argentinas*. Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1984.
- JAURETCHE, Arturo (1973) "Reflexiones sobre la victoria", en revista *Cuestionario*, Año 1, N° 3. Buenos Aires, julio de 1973.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1928) "Aniversario y balance", en revista *Amauta*, Año 2, N°17. Lima, septiembre de 1928.
- PEÑA, Milcíades (2000) *Introducción al pensamiento de Marx. Notas inéditas de un curso de 1958*. Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto.
- TARCUS, Horacio (2007) *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la nueva izquierda (1870-1976)*. Buenos Aires, Emecé.